

Reseñas

ALFARO AMIEI, Margarita; GARCÍA HERNÁNDEZ, Yolanda; MANGADA CAÑAS, Beatriz; PÉREZ LÓPEZ, Ana; RUIZ SÁNCHEZ, Ana, (2007): *Más allá de la frontera: cinco voces para Europa*, Madrid, Calambur, Biblioteca Literae, 170pp.

"No, el día en que perdí el pasaporte descubrí (...) que con la patria uno pierde algo más que un pedazo de tierra limitado por unas fronteras (110)."

Esta frase del autor austriaco Stefan Zweig ilustra la situación personal y literaria de los cinco autores que este excelente libro, coordinado por la profesora Margarita Alfaro Amieiro, se propone analizar. Tomás Albaladejo en su precisa y brillante introducción "La literatura es viaje" recuerda que no se puede entender la literatura sin subrayar que en su origen se encuentra la idea misma de desplazamiento, de raptó prometéico asociado a la recreación de una realidad. Si viajar es cruzar físicamente las fronteras, también lo es descubrir distintas culturas, traducir obras, o redactar unas memorias.

En este sentido, Agota Kristof, Irena Bre□ná, François Cheng, Heinrich Mann y Jorge Semprún, los escritores analizados en la obra que reseñamos -todos ellos exiliados y abocados a vivir en una cultura distinta de la propia- comparten una práctica literaria que va, en efecto, más allá de cualquier frontera. Su literatura, profundamente europea, surge del poso originado por elementos heterogéneos y diversos, formando parte de un patrimonio literario que se puede definir como "supranacional." Precisamente, la voluntad de limar asperezas nacionales y de delimitar un nuevo territorio de fronteras desdibujadas a la hora de interpretar la literatura es la que manifiesta *Más allá de la frontera: cinco voces para Europa* al interesarse por unos autores "desterritorializados" que, en su gran mayoría, tuvieron que deambular por los márgenes de esa Mittel-Europa, la "meinem Europa" de Irene Bre□ná (68), tan importante como martirizada.

Los cinco capítulos del libro, dedicados a otros tantos autores, no se nos presentan como elementos dispersos, a pesar de la distinta autoría de los mismos, sino como una obra cohesionada por una estructura similar. Las autoras del libro, las profesoras Margarita Alfaro Amieiro, Yolanda García Hernández, Beatriz Mangada Cañas, Ana Pérez López y Ana Ruiz Sánchez, nos describen el entorno histórico y político de la época, nos ofrecen unos apuntes biográficos precisos de los escritores, unas notas abundantes y detalladas, y una bibliografía esencial y pertinente. Existe, además, un hilo temático y vital que atraviesa este conjunto de modo recurrente: el alejamiento del país de origen, la pérdida de la familia, el abandono de la lengua, los problemas políticos. En efecto, todos los autores estudiados han sido víctimas del totalitarismo, y dos, Agota Kristof e Irena Bre□ná, proceden de países sometidos a regímenes surgidos a finales de la Segunda Guerra Mundial y desaparecidos con el llamado "bloque soviético". François Cheng, estudiado por la profesora Beatriz Mangada Cañas, probablemente sea el autor más exótico de los que componen la obra, al proceder de China y no de un país europeo, pero su experiencia vital en el sistema maoísta del

que escapó no puede alejarse excesivamente de otras vivencias en regímenes de parecida inspiración. Heinrich Mann, por su parte, huyó del nazismo y se refugió primero en Francia, y después en Estados Unidos, viviendo por lo tanto no uno sino varios exilios, como apunta la profesora Ana Pérez López. Mann fue simpatizante comunista, al igual que Jorge Semprún, y ambos comparten además cultura alemana, pues no olvidemos que, junto al castellano, Semprún aprendió en su infancia el alemán (para él, el idioma de la salvación), como muy bien recoge la profesora Ana Ruiz Sánchez.

Encontramos entre estos autores unas similitudes aún mayores cuando nos adentramos en el campo del análisis más literario. Observamos, así, la importancia que supone en sus obras respectivas la ambigüedad entre ficción y autobiografía, extendida incluso a otros campos (el espacial, el temporal, el narrativo) hasta alcanzar lo que la profesora Margarita Alfaro, al referirse a Agota Kristof, califica como "pacto literario de la sospecha" (45). En efecto, muchos personajes pertenecientes a obras de estos cinco autores guardan un parecido con sus creadores mucho más acusado del que suele darse en el ámbito de la literatura. El valor mnemotécnico de las ciudades de la infancia, en particular, posee un valor apreciable en las obras de Kristof y de Semprun (recordemos las múltiples versiones del primer regreso del escritor maduro a Madrid). Otro rasgo fundamental compartido por estos escritores es el de su desmultiplicación, que queda plasmada en la poética del fragmento que, a menudo, observamos en sus textos como metáfora de su propia dificultad para contestar a la pregunta ¿Quiénes somos? La escritura, para estos autores, representa la supervivencia y la profesora Yolanda García Hernández señala, refiriéndose a Irena Bre□ná, "su reflexión constante sobre el hecho mismo de escribir" (72). Este "recopilar el idioma" en palabras de la propia Bre□ná (ibid) es lo que hacen así mismo Agota Kristof mediante la colaboración que exige de un lector creativo e interpelado, o Jorge Semprún y su voluntad de "apropiación" de la lengua francesa. Muchos de estos autores, marcados por la modernidad se inscriben, por lo tanto, en la estela de los autores muy interesados por el propio acto de escritura.

Finalmente, la angustia del posible e improbable retorno es el leit-motiv del desterrado. Cheng y Kristof no han vuelto definitivamente a su país de partida pero sí lo hacen en cambio sus personajes. Como han demostrado las autoras del libro, Agota Kristof, Irena Bre□ná, François Cheng, Heinrich Mann y Jorge Semprún han alcanzado unas tierras de acogida donde conjugar escritura y construcción de una identidad.

En el primer capítulo, "Escribir en la frontera. Exilio y escritura en la trilogía de Agota Kristof: *Le grand cahier, La preuve, Le troisième mensonge*", la profesora Alfaro Amieiro estudia la obra de la escritora Agota Kristof, nacida en Hungría pero residente en Suiza donde escribe en lengua francesa. Kristof, que puede ser encuadrada en lo que se ha dado en llamar "otras francofonías" es paradigmática de lo que hemos señalado anteriormente, pues abandonó un país y una lengua para viajar hacia otro territorio en el que adoptó un idioma nuevo (aprendido primero en su vertiente oral, y después utilizado como vehículo de lectura y escritura) para seguir una carrera literaria iniciada en su tierra natal. De la poesía escrita en su lengua materna (Kristof es conocedora de las literaturas eslavas en lengua rusa, como de la cultura alemana) pasó a una narrativa teatralizada y caleidoscópica, particularmente en esta trilogía de los gemelos, con dispersión y desarticulación de voces narrativas y auto-

riales en juego de máscaras, idas y venidas temporales entre el pasado y el presente, y retornos varios a los lugares del recuerdo. La alternancia constante entre subjetividad y objetividad transforma su obra en una metáfora del errar, y convierte su obra en un libro singular, en una especie de corpus único. Para Agota Kristof la obra es producto, no de una inspiración, sino de un trabajo que surge del esfuerzo ejercido sobre la materia textual a partir de una lengua minimalista y despojada. Cuatro son los ámbitos, analizados por la profesora Alfaro, sobre los que se proyecta el propio acto de escritura: Verdad-mentira, subjetividad-alteridad, memoria-olvido, nostalgia-vida-muerte. De ello concluye la profesora Margarita Alfaro que la obra de Kristof es la de "Un Yo que se lanza al vacío consciente de hacer una elección salvífica (estética y existencial) que sólo la escritura le puede conferir" (50).

En el segundo capítulo, titulado "Irena BreĽná compromiso político y producción literaria", la profesora Yolanda García Hernández resalta lo importante que resulta interpretar el desarraigo, la desterritorialización como una situación de impacto no sólo con una nueva lengua sino con una nueva forma de pensar y de ser; aquello que la propia BreĽná califica de "destrucción de una existencia lingüística" (70). De hecho, BreĽná ha comparado a menudo su conocimiento de la lengua alemana al nacimiento de un nuevo ser en un parto. Irena BreĽná, que marchó de Bratislava para afincarse en Basilea, llegó a la narrativa en lengua alemana a través del periodismo, y tal vez por ello se haya centrado en una toma de posición política a la hora de encarar su labor literaria defendiendo, por encima de todo, la libertad del individuo. Es importante señalar la relevancia que, por el propio pasado de la autora, tienen los personajes femeninos en su obra, y nos recuerda la profesora García Hernández que la obra de Irena BreĽná ha pretendido también salvar la memoria de las tradiciones culturales eslovacas sin por ello caer en ningún nacionalismo militante. Esto demuestra que el desterrado no posee dos culturas superpuestas diferenciadas, impermeables y enfrentadas, sino más bien una nueva cultura híbrida, personal, y casi intransferible. La migración y el destierro siempre tienden a convertirse en fecunda contaminación.

Beatriz Mangada Cañas es la autora del tercer capítulo, "Recrear desde el exilio. La evocación del país natal en *La voz de Tianyi* de François Cheng", en el que comprobamos la tremenda diferencia que separa el país de partida de Cheng, la China de la revolución cultural, y el de llegada, Francia, donde ahora vive. Sin embargo, Cheng forma parte igualmente de esa literatura "paneuropea", de la que habla la profesora Mangada, y es consciente de que no es tan difícil adaptarse a una nueva lengua como inscribirse en una nueva cultura. La fértil simbología china sirve para que sus lectores comprendan que, a través de su personaje "Tianyi", François Cheng también utiliza el paralelismo de las nubes y de la naturaleza para resaltar que el tiempo del exilio es siempre circular. Es ese errar de las almas, propio de una tradición funeraria milenaria, en las que el autor inserta reflexiones filosóficas propias del hombre moderno, "que quiere dar consistencia singular a su identidad" (104) en palabras del profesor Del Prado citadas por Beatriz Mangada. Cheng y su obra se han convertido en diálogo, en *passeur* como reconoce él mismo, traductor y conversor de lenguas y de culturas... La memoria olfativa, como en el caso de Semprún (92,158), y también el cromatismo han marcado la obra y la vida de Cheng. En realidad, el arte de la caligrafía y el gusto por la pintura es lo que permitió a Cheng superar el gran salto

hacia Occidente, como hizo el Premio Nobel chino Gao Xinjiang, poeta, novelista y artista plástico.

Ana Pérez López estudia en, "Heinrich Mann: un exilio alemán", a un autor que representó la "otra Alemania", es decir quien defendió el republicanismo francés frente al imperio alemán en vísperas de la Primera Guerra Mundial. Mucho menos conocido que su hermano Thomas, su primer exilio a Francia no fue traumático en la medida en que disfrutó de una audiencia rendida a su pacifismo y a su actividad literaria incesante. Nostálgico de una Europa en el que circulaban sin dificultades, y hasta sin pasaporte, los intelectuales de la época, aquellos que componían esa sociedad tan bellamente descrita por Zweig en *El mundo de ayer*. Para Mann, como demuestra la profesora Pérez López, el verdadero exilio lo constituyó la huida hacia Estados Unidos, país en el que nunca volvería a ser el mismo y del que sólo aprendería rudimentos de inglés. Mann se desterritorializó cuando, al escapar del nazismo, abandonó el continente europeo aunque siguiera publicando en la medida de sus fuerzas. Así como Thomas Mann no se opuso a las ideas de Adolf Hitler hasta muy tarde, Heinrich fue un francófilo precoz, enamorado de los autores moralistas franceses. En este sentido, resulta simbólico descubrir que un alemán como él haya sido el autor de un importante libro escrito en alemán, sobre el rey francés Enrique IV en el que intercaló numerosas frases en francés. Tentado por invitaciones procedentes de la RDA, Heinrich Mann murió antes de poder volver a tierras alemanas.

En el último capítulo, "Jorge Semprún o la memoria encarnada", la profesora Ana Ruiz Sánchez, aboga por integrar en la producción literaria de un país no sólo a los que proceden de otro, y escriben en la lengua del lugar, sino también a quienes han ejercido y ejercen esa labor en el extranjero, aunque sea en un idioma distinto: emigrantes e inmigrantes leales tanto a lo supranacional como a lo nacional. En este caso, se trata, en realidad, de contestar a la pregunta que según la profesora Ruiz se hace el propio Semprún: ¿por qué ser escritor en lengua francesa? Más allá, por supuesto, de las razones circunstanciales, del exilio de su familia. Para responder a esta pregunta la obra de Semprún más operativa resulta ser *Adiós, luz de veranos* en la que el escritor, desde su adolescencia en París, decide voluntariamente adueñarse de la lengua francesa en tres frentes: la ciudad, la hipercorrección fonética y la literatura francesa. El principio fundacional de apropiación reflexiva de la lengua del país de acogida es la voluntad de fundirse en lo francés para borrar el insulto de la panadera que lo describe como un español del ejército derrotado ("en dérouté" es, por cierto, mucho más gráfico). Así, la profesora Ruiz Sánchez no comparte la opinión de algunos críticos que opinan que Semprún es demasiado culturalista, ya que esos recuerdos de escritores son los que lo han ayudado en su aprendizaje de la lengua francesa, y la literatura la que lo ha formado para poder interpretar la realidad. No cree, tampoco, la profesora Ruiz que haya que aceptar la obra de Semprún como el producto de un conflicto o un trauma entre lenguas distintas, sino que el francés puede ser la lengua escogida para no ser rechazado otra vez, o, para ser utilizada como elemento distanciador de los recuerdos más íntimos, e imprescindible para Semprún en su acto de escritura.

Este libro es sumamente interesante y rico en información acerca de unos autores importantes, pero tal vez poco conocidos del público español. Por ello, *Mas allá*

Reseñas

de la frontera: cinco voces para Europa merece tener un eco en nuestra parte de Europa. Es efectivamente una obra intercultural y como muy bien dice Tomás Albaladejo "Entre sus muchas aportaciones está la que me parece fundamento de las demás del libro y de éste en su conjunto: ofrece una de las claves para entender la literatura europea contemporánea y también para entender la Europa actual y el mundo actual" (14).

DALIA ÁLVAREZ MOLINA
Universidad de Oviedo
Departamento de Filología Francesa
y Anglogermánica (dalia@uniovi.es)